

BIBLIOTECA PÚBLICA
MUNICIPAL

3

ELDA (Alicante)

dahellos



Elda



Nuevamente...

DAHELLOS es obra de:

Catalán Gil, Manuel
González Aguado, Antonio
Gris Sempere, Eduardo
Madrona Ibáñez, Juan
Navarro Pastor, Alberto
Sierras Gómez, Santiago

El presente Cuaderno se honra con una bella página de:

José Capilla

y acoge escritos de:

"Gavidia"

Antonio Motos
Carola González
Carlos González
Manuel Vicedo
Enrique Chinchilla
"Una Eldense"

Dibujos de:

Carpeta, Alberto, Carlos y
F. Navarro

Impreso en:

Imprenta Beranguer.-Novalda

•••••

ELDA 1950
MARZO

Vuelve DAHELLOS a vuestras manos en su tercera salida quijotesca, a despecho de Sanchos Panero, bachilleres y barberos. Y esta vez encuentra a Elda sumida en el patético ambiente de su Semana Santa, que inunda de un impreceptible sentimiento de dolor nuestras calles, al paso imponente de las procesiones. Entre la doble hilera de lucesitos temblorosos en la noche acogojada, las tallas de los imagineros españoles materializan el drama anual de la Pasión en las calles eldenses, estremecidas. Luego vendrá la alegría de la Resurrección, con la algarabía con que Elda celebra tan gloriosa fecha. Mozos y muchachas, éstas vestidas con trajeitos claros de percal, saltarán y bailarán en las calles, camino del Arenal, del Santo Negro, de las Gervasias. Las blancas alpargatas con cintas azules o rojas, parecerán una bandada de palomas dando saltitos por los caminos polvorientos, haciendo carros orfeónicos, esquivando las celebradas rápidas de la comba y correteando alocadas en los báquicos atardeceres. Y en este ambiente de penas y risas, nuevamente, DAHELLOS.

Como el coloso Atlante, nosotros sostenemos sobre nuestras espaldas un mundo: el mundo del espiritualismo y las bellas letras sobre la churca de la mediocridad cotidiana; el mundo maravilloso de las metáforas, de las ideas que no tienen techo ni horizonte, de las artes nobles. Nos parece leve, en nuestros hombros entusiastas, esta carga. Y tal vez sea porque nos ilusiona la esperanza de que cuando este mundo gravite insosteniblemente sobre nosotros, la semilla lanzada con estas páginas habrá dado sus frutos para el mayor nivel cultural de nuestra Elda.

Aquí tienes, lector, nuestro tercer mensaje, que, como dijimos en nuestro primer cuaderno, mantiene enhiestos los banderines de nuestra poesía vernácula.



CIZALLA MAS O MENOS LITERARIA Y FILOSOFICA

por José Capilla

No se ría de los poetas, señor; no se ría despectivamente. ¿No sabe, señor, que sin ellos nada se hizo en esta vida?

Poesía es creación. Por eso Dios, el Creador Sumo, los tiene por mensajeros, y nacen y no se hacen.

Los poetas, con los santos y guerreros, dan pervidencia al alma de los pueblos, aun de aquellos que no tienen patria ni ley.

¿Poesía, qué es? ¿Y tú me lo preguntas, alma amiga? Escucha la voz de tu interior; observa en derredor, y eleva tu mirada al cielo. Ahí está la poesía, como te dirá tu alma.

¿Por qué no marchar por la ruta de nuestra vida con el zurrón repleto de ilusiones y esperanzas? Con mendrugos y andrajos por todo viático es penosa la jornada. No sabes, materialista, con qué ingravidez se vuela hacia una estrella.

Sin Gramática, sin Retórica y sin Poética, el poeta sabe siempre de la vitalidad misteriosa del verbo.

Pienso si Dios no permitirá la perfección absoluta del hombre para que no caiga en el orgullo. Y, así, los poetas, como todos los grandes hombres, en general, tienen manchas y flaquezas, razón para la humildad.

Sí; el hombre es un búcaro que guarda el soplo divino de la espiritualidad. Ahora, que también hay almas de cántaro.

No confundamos a los poetas con los versificadores. El poeta versifica, pero no todo el que versifica es poeta.

¿Qué es eso de poesía pura? Como si la poesía, cuando lo es, no fuera pureza del alma.

No dejes abandonado sobre tu mesa un libro abierto. Ciérralo antes, que no es cortés dejar a nadie con la palabra en la boca.

Te sorprendí leyendo a Bécquer, y asomó a tu rostro el rubor, por

ereerte caída en ridículo. Y ya ves, por Bécquer, en tu cara floreció una rosa.

¿Que tampoco «se lleva» Rubén Darío, me dices? Mi querida amiga, no lèves a los sentimientos el ligero criterio que tienes para los figurines y las modas.

Los libros en rústica o a la rústica —no tengo preferencia por preposición alguna—, son los parias de la biblioteca. Están desnudos, los pobres, junto a los pomposos volúmenes de obras completas, con lujosa encuadernación, nuevos ricos con impermeable de celofán.

Al fumar el primer cigarrillo rubio, estás deliciosa. Pero sólo uno, amiga, que al segundo, no sé por qué, ya eres una estampa de «cabaret».

Nuestro segundo gran Miguel, es decir Unamuno, decía que «el decoro es la seriedad de los que están vacíos por dentro». ¿Comprendes por qué ven tantos trajes impecables?

En el firmamento de Elda ha aparecido una constelación de poetas, la de DAHELLOS, a quienes, con palabras de alejandrinos de Rubén, les deseo que «tengan los jóvenes amigos ceñida la coraza para emprender valientes la dura pelea y a los sangrientos tigres del mal darles caza». ¡Salve, poetas, por Apolo y Minerva!

BIBLIOTECA PÚBLICA
MUNICIPAL

ELDA (Alicante)

Aletazo limpio



Pájaros perdidos vienen y golpran con frecuencia en los cristales de nuestra ventana abierta. Nos llegan muchos escritos pretenciosos de publicidad, cosa que nos alienta y nos halaga. Sí; aletazo limpio sobre nuestros cristales. Tenemos para ello una vasta dosis de benevolencia, bruñida por nuestro amor a esa Elda lírica y patética, espiritual y emocionada, que tenemos forjada en nuestros sueños.

Pero por eso mismo nos duele que muchas cuartillas, sobre todo de las que trascienden a cerebro femenino —y vaya si hay plumas garbosas entre nuestras paisanas!— hayan de quedar en el cesto, sólo por presentarse como pobres hijas de padres desconocidos

Ténganlo en cuenta Una Eldense, Adelfa del Mar, Nauri, El Caballero Azul, Turquesa Oriental, P. C., Alicia, Tántalo, etc etc.

Aletazo limpio, sí. Pero por lo menos dejad tarjeta en vuestra ventana. Nosotros prometemos guardar el incógnito a todos los colaboradores que así lo deseen.

DAHELLOS



UNA REINA DE ARAGON EN EL ALCAZAR DE ELDA

Estamos en Barcelona, y es el día, digamos mejor, la noche, del 29 de Diciembre de 1387. El palacio de los Reyes de Aragón parece un barco de piratas en noche de naufragio. En su lecho de muerte agoniza el rey Pedro IV, «el del puñalet», el Ceremonioso, el émulo terrible de su contemporáneo Pedro el Cruel de Castilla.

Es el siglo de las reinas fatales, que, como llamaradas de amor y de

odios, de celos y de ambiciones, van dejando trágicas estelas de sangre sobre el acuartelado mapa de la Península. Es también en la corte de Aragón el siglo de la fastuosidad, del lujo insuperado. Y es, para completar el cuadro, el siglo en que los sabios de Toledo y de Cervera han extendido por toda España las tenebrosas prácticas de la magia simpática, hasta tal extremo que las mismas reinas no desdennan hacerse brujas.

Pedro IV agoniza en su lecho de muerte. Sus ojos vidriosos buscan la fascinante mirada de su esposa, la reina Sibilía, la joven fortiana que durante diez años le ha tenido subyugado con su hechizo de vampiresa, que diríamos nosotros.

Pero Sibilía no está allí. Loco de miedo, previendo terribles venganzas ante la inminente subida al trono de su hijastro don Juan, al que ella ha perseguido ferozmente, y axaltada su ambición en este supremo desplomarse de todas sus grandezas, Sibilía recorre, como una urraca furiosa, las habitaciones de palacio, escondiendo ropas y joyas, propias y ajenas, en sus amplios baúles.

Y en el temeroso ulular de la noche decembrina, azotada por el viento gélido de los horizontes nevados y arrastrada por todos los venenosos huracanes del odio y del despecho, la joven reina, con su hermano Bernardo y otros servidores, huye, como una roja ráfaga de tragedia, a una de caballo, sin volver su cabeza de bella pitonisa hacia el palacio en que agoniza su esmirriado y terrible esposo.

Nunca se vió en Elda tanto esplendor, tanto lujo y magnificencia como en los meses de Enero y Febrero de los años 1385 a 1387. En esos años y durante esos meses, nuestro alcázar se convertía en residencia regia; y bajo sus altos artonados se cobijaba, en un espléndido floreo de fiestas palaciegas, la corte aragonesa, que era por entonces la más suntuosa de toda

Europa, gracias al celo protocolario de aquel rey pequeño de estatura tanto como grande de infernales rencores, que se llamó Pedro IV el Ceremonioso.

Su esposa, Sibilia de Fortiá, amaba nuestra dulce y florida tierra eldense y encontraba en el idílico valle del Vinalapó la paz y el sosiego tan necesarios a su espíritu turbulento.

Cuando por vez primera, viniendo desde Sax, se hundieron sus ojos profundos en la tierna polieromía de nuestro valle, al contemplarlo desde lo alto de la Torreta, surgió en la reina Sibilia un fuerte deseo de hundirse, como una mariposa de luz, en la floresta prodigiosa. Todo el negro peso de odios y brujerías que llevaba en su alma de reina analfabeta y de madrastra rencorosa, se dulcificó en la calma sedaticia de nuestro paisaje. Así fué que poco después las manos sabias de los alarifes moriscos de Elda levantaban para ella, para recreo de la reina caprichosa, junto al arrullo fugitivo del Vinalapó, el magnífico alcázar que durante cinco siglos había de ser una de las más ricas joyas arquitectónicas del Levante español.

Venía la reina Sibilia sobre una mula blanca, dando a las brisas mañaneras el ancho brial de seda color esmeralda. Junto a ella, sobre sendas mulas ampurdanesas, dos monjas de Sijena, con velos de seda orlados de oro y con cinturones de perlas. Eran las dos monjas encargadas de acompañar e instruir a la joven reina que «no sabía letras». Eran las únicas compañeras de la reina fortiana, que siempre fué odiada por las nobles damas aragonesas, por haberse introducido pecaminosamente en el corazón de Pedro IV, en vida de su anterior esposa, la muy amada reina Leonor.

Precedía al cortejo una compañía de juglares, capitaneados por Pedro Cahac, todos con vistosos mantos bordados de oro; mantos que antes habían lucido sobre los hombros de personas reales, y que los juglares solían recibir en premio a sus juglarías. Y tras de la regia visitante, un cortejo nutrido y florido de caballeros y pajes, con aquellos ropones chapados de oro y pedrería que poco después habían de hacer exclamar filosóficamente a Jorge Manrique aquellos versos que todos los eldenses podríamos repetir con desgarrada melancolía:

«... los infantes de Aragón
qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galán?
¿Qué fué de tanta invención
como trujeron?
¿Qué se hizo aquel trovar
las músicas acordadas
que traían?
¿Qué se hizo aquel dandar
y aquellas ropas chapadas
que traían?»

Elda, la humilde villa de 300 casas a la vera del Vinalapó, dejaba su monótona vida campesina en aquellas semanas en que la reina Sibilia prestigiaba con su presencia nuestro alcázar, y se convertía en una fiesta permanente; con las regias cacerías por nuestros montes; con la garrulería de los titereros en la plaza del Castillo, que Sibilia gustaba contemplar desde una ventana de sus habitaciones; con las danzas y ocurrencias de los juglares,

regalados con aquel dorado vinillo de las uvas exprimidas para la mesa real por los albos pies de las monjitas de Santa Clara; con las Cortes de Amor en el salón regio del alcázar, donde acudían, convocados por el Marqués de Villena, los mejores trovadores valencianos, y con el esplendor soberano de aquella joven reina, majestuosa y fría, sibilina y soberbia, que imponía la moda y los caprichos a todas las cortes europeas.

Pero volvamos al 29 de Diciembre de 1387. La reina, fugitiva como una bruja exorcizada, ha sido capturada por sus hijastros. Los que la acompañaban son decapitados o encerrados como alimañas en jaulas de hierro. A ella la desposeen de todos sus bienes, que pasan a manos de su nuera y enemiga, la dulce Violante de Bar, quien también vivió después en el alcázar de Elda y de la que nos ocuparemos en otra ocasión.

Sibilia de Fortiá, despreciada y aborrecida más que olvidada, apura su cáliz en una triste prisión familiar. Luego se acoge, como tantas otras damas reales, al piadoso refugio del convento de franciscanos en Barcelona, y allí ve cómo, uno tras otro, van subiendo al trono sus hijastros, a los que ella persiguiera con refinamiento de madrastra sin escrúpulos. ¡Con qué triste nostalgia evocaría entonces, destronada y aborrecida, aquellos meses de libertad florida y de rústicas adulaciones que vivió en su Castillo de Elda, frente a la mole soberbia y familiar de nuestro Bolón!

Poco a poco el tiempo fué borrando todas las heridas, mitigando todos los rencores, vertiendo polvo de olvido sobre la borrascosa memoria de Sibilia. Pero su fama de bruja, aquel su afán de construir estatuillas de cera y hacerlas fundir lentamente, para que al unísono se deshicieran las vidas de las personas odiadas, aquel maleficio que el pueblo atribuyó siempre a las hermosas piedras que enjoyaron un día sus manos marfilinas, aquella fama de vampiresa que tuvo siempre entre sus súbditos, la acompañó hasta su muerte, ocurrida en Barcelona el 25 de Noviembre de 1406.

* * *

En el museo de la capital catalana hay un bello sepulcro de mármol, donde duerme, fría como las piedras preciosas que fueron la pasión de su vida, aquella reina hermosísima y tenebrosa, que durante sus anuales temporadas en Elda calmó sus inquietudes oscuras en las castálidas aguas de nuestro valle virgiliano

En Elda no hay un solo recuerdo para la reina fastuosa.

¡Con qué íntimo alborozo nos gustaría ver siquiera rotulada una de nuestras calles con el nombre de Sibilia de Fortiá la reina que amó a Elda y la magnificó con el regio florón arquitectónico de su alcázar!

* * *

LA BATA DE MONAS

por J. Madrona

*Tarde dorada de Abril;
canciones, gritos, carreras.
Impacientando a la tarde
temblosa de promesas,
corren hacia el Santo Negro,
locas de Abril, las obreras.*

*Sombreritos de papel,
leves pañuelos de seda;
carmin barato en los labios,
percal en la línea esbelta,
y en los pies las revoltosas
zapatillas juglaresas.*

*Y en la boca una canción,
y en el pecho ¡una caldera!*

*Atropellado rosario
de ambulantes primaveras,
que van tirando a los vientos
manojos de ansias secretas.*

¡Delirio de juventud!

¡Tarde de monas en Elda!

*Cubriendo castas alburas
satinadas de inocencia,
clara como Abril rosado,
como Abril ligera y fresca,
la bata de monas luce
su orgullo de clase media,
y redora en las muchachas
sus sueños de venecianas,
y encandila ojos ansiosos,
que a un mundo de luz despiertan.*

¡Ay, leve bata de monas!

¡Ay, clara bata morena!

*¡Cuánto almendro en flor desfila,
por las calles en sorpresa!*

*¿Qué hombre de Elda no guarda en el rincón
más anable de su memoria el recuerdo de una
bata de percal, que sobre unos hombros núbiles
fué banderín de enganche de juveniles emocio-
nes en una bendita tarde de monas?...*

*¡Bata de monas, capricho
de las muchachas de Elda!*

*Tras el tronco gris de un pino,
ébrio de triunfos acecha
—al filo del Santo Negro—
el niño de la venda;
y al revuelo de la clara
y airosa bata morena,
que levemente levantan
gayas brisas indiscretas,
rizan el cielo embrujado
las mitológicas flechas.*

*¡Ay, leve bata de monas!
¡Muchachas en flor en Elda!*

*Tiene el percal esas tardes
más orgullo que la seda.
Que, moneando en las locas
y ardientes tardes moneras,
con su bata florecida,
su juventud y su cesta,
no envidiú una chica eldense
a la más alta princesa.*

*Un día de auras nupciales
recordarán, él y ella,
la alegre bata de monas
que aquella tarde abrilena
levantó en el Santo Negro
la dorada polvareda
que les cegó para siempre
con deliciosa ceguera.*

*¡Ay, claras batas de monas,
almendros locos en Elda!*



El manuscrito "ELDA" de D. Lamberto Amat

por Alberto Navarro

Quedaría incompleta la biografía de D. Lamberto Amat publicada en nuestro anterior cuaderno, de no seguirle un estudio sobre su única obra, que basta por sí sola para reputarle como el primer historiador de nuestra ciudad. En sus años mozos como adjunto de su padre, D. José Amat y Amat, que fué comandante de la Milicia Nacional de ésta Villa y Alcalde; después como secretario del Ayuntamiento, y posteriormente como defensor de los derechos de Elda desde distintos cargos públicos, nunca retribuidos y frecuentemente costándole dinero de su bolsillo, tuvo D. Lamberto ocasión de ir recopilando preciosos datos, sepultos en los polvorientos

legajos de los archivos municipal y eclesiástico, todos ellos referentes a la evolución de la antigua IDELLA hasta sus días. Hasta que un día de Febrero de 1874 pudo escribir con su letra increíblemente correcta y uniforme, a lo largo de casi mil páginas, estas palabras: «Sr. D. Gonzalo Sempere. Mi venerado párroco y respetable amigo: Nuestro mútuo deseo de consignar los antecedentes antiguos del amado pueblo en que nacimos y de la gloriosa Iglesia en que fuimos bautizados, está cumplido.»

Y siguiendo este plan, desarrolla en la primera parte una serie de artículos muy interesantes y documentados, copiando legajos y actas conservados en los citados archivos. La enunciación de sus capítulos me exime de alargarme más de lo conveniente, y hela aquí: «Su antigüedad. - Su Historia. - Personajes de estirpe regia que han habitado el Alcázar y descripción de éste. - Los Srs. de Corella y de Coloma y el Hospital de los P. P. Franciscanos. - El antiguo Hospital. - Ermitas. - La única Iglesia Parroquial de Elda. - Cosas notables halladas en los Libros de la Iglesia. - Cementerios. - Obras realizadas en la Iglesia. - Copia de la escritura de establecimiento de ésta Iglesia en el año 1528. - Id. de una información judicial del 1655 probando que fué nacido en ésta villa el Conde D. Antonio Coloma. - Plano de la iglesia.»

Entre las cosas notables que encontró en su rebusca por archivos, no resisto al deseo de copiar estas actas de defunciones de 1576:

«Día de año nuevo murió un hico del herrero que bive a la casa de Cayeux».

«A 4 de Abril murió un hico de ramon xtiano viejo enterróse en la Iglesia».

En 1578: «A 8 de Agosto murió martin Alasla xtiano nuevo fué Enterrado con uno de los curas en el Simenterio de fuera».

Y éstas de matrimonios: «a XXI de Agosto de MDLXXI el hijo de bentalfa con la hija de bentarif recibieron las bendiciones de la Santa madre yglesia por mi mosén p^o aVellán Cura».

«1580. —Primo martin Castellani refi con la sobrina de angela Sorroza».

En el primer libro dedica un crecido número de páginas a detallar minuciosamente todas las obras realizadas en la Iglesia desde que, arrancados los signos del Alcorán, fué erigida en Iglesia parroquial, hasta sus días. A través de sus páginas, repletas de nombres de párrocos, de obispos, de maestros de obras, de familias cuyo mayor entusiasmo, traducido en frecuentes óbolos, era para el esplendor de la iglesia, vemos crecer la pobre mezquita, ensancharse, absorber calles, hasta llegar a la magnífica fábrica del 1875, año en que D. Lamberto fecha sus apuntes. Cierra este primer libro un hermoso plano en vitela de la planta de la Iglesia.

En la segunda parte, de 433 páginas y unos apéndices relativos a la cuestión de aguas, desarrolla estos capítulos: «Lo que fué el caserío de Elda en plena dominación árabe; lo que era desde su reconquista hasta la definitiva expulsión de los moriscos, y lo que es en la actualidad. - La vall de Elda. - Producciones de la huerta y secano de éste término. - Artefactos e industrias. - El río Vinalapó - Vicisitudes del riego de la huerta de Elda. - El pantano. - Santa Bárbara, Marquesado de Noguera. - Término general de Elda y mancomunidad con Petrel y Salinas para el aprovechamiento de aguas, leñas y pastos. - A principios del siglo XVIII prestó Elda eminentes servicios a la casa de Borbón en la Guerra de Sucesión. - La Feria de Elda. - De los documentos del archivo municipal que por su estilo y antigüedad llaman la atención se copian dos. - Escritores públicos de Elda. - El porqué hemos escrito esto.»

Todo en este libro es curioso para el amante de las cosas de su pueblo. Su primer capítulo, en que nos describe el ensanche del caserío amparado a la sombra de la fortaleza morisca, hasta llegar a su época, menciona calles desaparecidas tiempo ha, como el callejón del Curro, y la del Aire; indicando nombres arcaicos como la de Dueñas (Colón) y Pistola (Ramón y Cajal). En el capítulo titulado «Artefactos e industrias» resulta curioso el contraste con la actual industria del Calzado, ya que detalla meticulosamente los molinos de papel, de aceite y harina, los martinetes de majar esparto —inventados o reformados por un tal Juan José, natural de esta villa, según describe el geógrafo Cabanilles— y por último la industria del esparto, primerísima en aquella época.

En un extenso capítulo que abarca desde la página 39 hasta la 306 se historia la lucha, sorda y angustiosa, de los agricultores eldenses contra la Naturaleza, que, dotándoles de un magnífico vergel y una tierra ubérrima, les negaba el agua precisa para que no se agostaran sus cosechas ni se secaran sus campos. Y no sólo contra la naturaleza, sino contra los vecinos pueblos, que al usar, muchas veces contra mejor derecho de Elda, las aguas, no dejaban que éstas llegaran a las sedientas tierras. Hay cuadros verdaderamente impresionantes, como aquel, causado por la orden de desecar los terrenos de la Laguna de Villena, cuyas aguas saladas y bituminosas fueron simplemente arrojadas al cauce general de riego. He aquí sus palabras:

«Como las operaciones de saneamiento en más de 22.000 tahullas que hoy constituyen una hermosa huerta donde antes fué laguna, no podían ha-

desgraciados pueblos más de doce años, dejándoles enteramente arruinados y sumidos en la desgarradora indigencia. El desastre fué terrible y horroroso; ni un año resistieron las vides; todas, absolutamente todas, se secaron; los olivos, árboles más resistentes, languidecieron, y en doce años sólo en uno, el 29, en fuerza de las abundantes nieves y excesivos fríos, dieron cosecha; los frutales la mayor parte murieron; la excelente tierra, que producía por tahulla 2 y 2 y medio cahices de trigo y 2 de panizo anualmente, perdió todas sus ricas sustancias para producir; el magnífico panorama que ofrecía esta huerta, se vió convertido en un triste y despreciable erial. Los mayores propietarios se vieron reducidos a la más angustiosa situación; los pequeños y medianos tuvieron la pena de enajenar, éstos parte y aquellos toda o casi toda su propiedad...

Esta fué una de tantas calamidades que a la larga condujeron a que el pueblo eldense volviera la espalda a la tierra y buscara en la industria la seguridad de pan y trabajo que no encontraba.

Otra de las sorpresas que depara este manuscrito, es la extraordinaria afirmación, inaudita para casi todos los habitantes de Elda, Petrel y Santa Bárbara, de que en este último caserío estaba erigido nada menos que un Marquesado!...

Sí, la Ermita de Santa Bárbara es el núcleo, el territorio donde radica el Marquesado de Noguera, cuya creación no hemos podido ni D. Lamberto ni yo dilucidar. Tan sólo puedo indicar que recientemente fué cursada la solicitud de rehabilitación de este título firmada por una señora. Dice el Manuscrito sobre este Marquesado:

«Nuestro humilde parecer es que la erección de este Estado en Sta. Bárbara, de ningún rendimiento, sólo tuvo por objeto dejar su jurisdicción a cargo del Gobernador, Bayle general del Condado, a fin de que ni Elda ni Petrel la tuviesen en él, por encontrarse en el mismo enclayado el nacimiento del agua potable de Elda y evitar las cuestiones que son consiguientes en el uso y aprovechamiento de las aguas. Sin embargo, la jurisdicción eclesiástica sobre la Ermita de Sta. Bárbara la conservó el Cura de Elda, y así consta en varias visitas giradas por los Srs. Obispos...»

Cierran el libro dos biografías, precisas, detalladas y sentidas de D. Juan Sempere y Guarinos y D. Juan Rico y Amat, ambos parientes, lejano el primero y cercano el segundo, de D. Lamberto. Inserta entre las páginas 402 y 403 un grabado de Rico y Amat, con firma rubricada, al parecer autógrafa.

De esta obra única, de este tesoro de la historia de nuestro pueblo parece que no queda más que un ejemplar, bellamente encuadernado y que fué propiedad del sacerdote D. Gonzalo Sempere y Juan, como se demuestra en la dedicatoria y en las iniciales de los lomos.

Una vez más lamentamos la carencia en nuestro pueblo de una Biblioteca y Hemeroteca Municipal, que tome a su cargo, con garantía de respeto y conservación, la custodia de ejemplares valiosos para el investigador de los ocultos orígenes y posterior desenvolvimiento de nuestra ciudad. En manos cuidadosas y amantes están hoy estos manuscritos, y no es de temer por el presente su pérdida; pero también estaban en manos solícitas las otras copias conocidas, y desgraciadamente no queda ninguna. Creo debiera estudiarse con tiempo la conservación y seguridad de estos libros, para honra de su autor y del pueblo al que tanto amó.



D. FLORENTINO LOPEZ PEREZ

Si DAHELLOS tuviera un corazón, el corazón de DAHELLOS sería esta cálida página, que hoy se honra, gozosa y emocionada, con esta foto del primero de nuestros suscriptores. Graciaménte, se llama esta figura.

Don Florentino López Pérez, nuestro amigo número uno, es algo muy entrañado para los que tanta ilusión hemos puesto en este desinteresado empeño por el auge cultural de nuestra Elda.

No sabemos manejar el incensario; pero tampoco queremos silenciar la fuerte corriente de simpatía que su

gesto caballeresco ha despertado en nosotros.

¡Que en su honor enciendan luminarias las nueve musas inmortales!

Dahellos

La cesta de la mona

—Hay que espabilarse, chicas,
que lo que es en estas Pascuas
no hace la prima mi menda,
llevando la cesta en palmas,
para ver si alguno pica
con arrullos de moscarda.

El galán que a mí me ronde
será por mi guapa cara,
por mi cuerpito gilano,
por el garbo de mi folda,
y por estos dos ojazos
como furoles de un chaiga.

Y así cuando vengu y diga
¡Qué sobrosa estás, so guapa!
seré yo más que tu cesta
la que se sienta haligada;
más que la mona rumbosa,
seré yo la requebrada.

Porque hay que ver qué bandidos
son los chicos en las Pascuas.
Oliendo como sabuesos
se acercan a las muchachas,
y es más guapa la que lleva
la cesta más abultada.

Pues conmigo dan en hueso
que mi tortillica de habas,
mi frituica y mi mona
no serán para la panza
de cualquier fresco que luego
me deje a «la mona e pascua»

— Revienta el Arenal de juegos locos...
— ¿Llevas algo pa mí en tu cesta, guapa?
— ¡Qué suerte tienes, hijo, que poniendo
las monas en la cesta, en tí pensaba!

El Duende del Monastil



LA QUILLA DE TU FRENTE

Para T. L. C.

Marinera en tu frente, se ha dormido la luna;
su sueño lo vigilan con celos orientales
dos ojos almendrineros, genizaros leales,
que a lumbraradas mutan toda idea importuna.

Y dos ondas gemelas de cabellos lustrados,
que se yerguen en ritmo de gracia siempre nueva,
finge la quilla esbelta de una nave que lleva
contrabando de sueños por mares ignorados.

¡Ay, tu barca lunada, sencilla y altanera,
quilla serena y firme que el cenit enarbolas
en flamante penacho de luz, cual si quisiera
brotar en un milagro de bien peinadas olas
el inquieto abanico de una grácil palmera.
¡Quilla de nardo henchida de una blanca quimera
bogando en anchos mares de ensoñación, a solas!

J. M.



INDIFERENCIA

Te he esperado tantos años,
tanto tiempo,
tanto,
que mi alma está cansada de esperar;
y hoy, que llegas,
hoy, que vienes a ofrendarme
tus caricias, tus suspiros y tus besos,
no hay en mi una sola fibra
que responda o se conmueva
a tu llamar.

En mis noches solitarias,
enerrantes, abismales,
te he esperado hora tras hora,
en un lento,
infeliz desear.

Te he llamado en mis delirios,
en mis sueños torturantes,
sin poderte nunca hallar.

Y hoy, que llegas,
hoy, que vienes a ofrendarme
tus caricias, tus suspiros y tus besos,
no hay en mi una sola fibra
que responda a tu llamar.

¡Te he esperado tanto tiempo...!

Eduardo Gras



NOSTALGIA

*Aquel adiós henchido de esperanzas
que optimista selló la despedida,
no bien se separaron nuestras vidas
convirtiéndose en amarga remembranza.*

*Ni las tranquilas horas de bonanza,
ni del ciclón la busca acometida,
consiguen inmular mi alma, sumida
en grave y melancólica añoranza.*

*¡Cuántas veces en puertos ignorados,
en alas de un amargo y vano empeño,
inconsciente y confuso te he buscado!*

*Vencido, volveré por halagüeños
senderos que conducenme a tu lado,
en las doradas cumbres de mis sueños.*

A. Motos



INRI

*No fué, Jesús, de espinas la corona
que tu frente ciñó. No eran espinas
las que hirieron tus sienas marfilinas,
coronando de oprobio tu persona.*

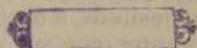
*El alma que desmaya y te abandona
cuando, solo, a la muerte te encaminas;
la boca que a las manos asesinas
te entrega y con un beso te traiciona;*

*los labios que tres veces te han negado...
Esas son las espinas, esas son
que hasta el fondo tu carne han desgarrado.*

*Yo también me he sumado a la traición...
Yo también, pecador, te he coronado...
Mea culpa, Señor. ¡Perdón, perdón!*

E. Gusa

BIBLIOTECA PÚBLICA
MUNICIPAL



ELDA (Alicante)



LA PIEDRA EN EL AGUA por "Gavidia"

La noticia cundió como el consabido reguero de pólvora ese. Fué como la consabida piedra que se arroja al tranquilo estanque y que, por un momento, agita sus aguas tersas en círculos concéntricos, que van a estrellarse en las márgenes cesposas. Así, la noticia fué agrandándose en ondas, que competían en loca carrera con las que, levantadas por las seculares campanas, iban a estrellarse en los bardos fronterizos de pintorescas montañas. En el valle que forman éstas se halla Villacasi, lugar donde acaece lo que sigue.

La vida en Villacasi, no sobresalía precisamente por ser agitada, ni mucho menos divertida. La monotonía flotaba en el ambiente como una densa niebla. Escasos accidentes rompían la quietud provinciana, que parecía haberse posado indefinidamente sobre personas y cosas. Todos los días amanecían iguales para los villacasianos; siempre las mismas faenas, todo era ya sabido, trillado; nunca, nunca acarició lo inesperado la reluciente calva de Don Amadeo, que, durante cuarenta años, abría todas las mañanas su establecimiento de «Mercería, Paquetería y Similares», ni la dorada melena de Purita, soñadora mecanógrafa de novela, que rompía sus uñas al servicio del Ayuntamiento.

La carretera de Villacasi; he aquí el único lugar inquieto, el único lugar donde quedaba rota la monotonía del pueblo por los raudos coches que lo atravesaban, y que mostraban a los indígenas un mundo envidiable, un mundo emocionante, que cruzaba veloz, despectivamente.

Como en todos los pueblos, la carretera condensaba lo más sobresaliente de la vida local. A ella acudían los lugareños en las tardes soleadas de los días festivos, a desgranar el rosario de su aburrimiento peripatético; ellas, las elegantes, con sus vestidos inevitablemente rojos, aderezados con los fulgores de teatral pedrería; y ellos, los elegantes, —alto tupé y calcetines amarillos— a dejarse deslumbrar por el brillo de sonrisas, miradas y chatarra, en un juego sin emoción, cuyas soluciones estaban resueltas largo tiempo ya.

Pero en medio de este tedio abrumador, los villacasianos tenían su válvula de escape. Era un vicio, una pasión que les atenazaba. Su vicio era la gran cátedra de nuestro siglo donde se educa la masa: el cine.

Este opio se había ido apoderando de los villacasianos hasta sumirles en un estado de estupidez contagiosa. Unas veces se manifestaba en forma de desgarrados alaridos que pululaban por las calles destrozando tímpanos y trompas de Eustaquio; esto era cuando en el cine local «daban» algún film de Tarzán. Otras eran atacados por una manía paranoica de estropear fachadas con descomunales zetas, emulando las glorias del Zorro; había épocas en que Villacasi parecía una sucursal de Méjico; y no hablemos de la nefasta influencia que las «vampiresas» ejercían sobre alguna que otra despistada chica.

* * *

Por eso, la noticia fué como la piedra ya mentada. Botó por calles, plazas, tejados, hasta introducirse en lavaderos, tahonas, cocinas y reuniones. Nada menos y nada más, que la archifamosa y mundialmente conocida María Smith había arribado a Villacasi. Por fin se había detenido en el lugar unos de esos maravillosos automóviles que tanta admiración despertaban a su paso, aunque la detención se hubiese debido a un accidente. Por primera vez en la historia local un personaje divinizado como ídolo por la mentecatez

reinante rompió la tradición, al parar su automóvil en el punto más céntrico del pueblo.

* * *

Ante las puertas de la fonda, se fueron formando grupos de curiosos en cuyos ojos bailoteaba la admiración y la incredulidad. Pero allí mismo estaba la prueba, en forma de lujosísimo automóvil, al que se notaban, más que visibles, los desperfectos. Por fortuna el accidente carecía de importancia, pues salvo algunos arañazos en los brazos y magullamiento general del cuerpo de la estrella, no hubo que lamentar más que la pérdida de un ojo y fractura de la caja encefálica de dos de sus acompañantes.

Pero la noticia seguía cumpliendo su cometido de esparcirse por todos los recovecos y rincones del pueblo. Todos comentaban apasionadamente el gran acontecimiento. A pesar de tener varias pruebas de ello, les parecía imposible que la heroína de tantas y tantas películas estuviese a unos metros de ellos en carne y hueso. El guirigay era tremendo; salieron a relucir distintas escenas de películas interpretadas por ella. Se enumeraban, una a una; y uno a uno todos sus maridos; y cuando algún feliz villacasiano recordaba algún título o nombre olvidado, la satisfacción le inundaba al comunicarlo atropelladamente por temor a algún adelantado.

Seguía incrementándose la multitud, que prensada y ocupando una mínima cantidad de espacio vital, tenía invadida la calle. Era como un mar con oleaje de cabezas y rumor de voces. Era un bloque compacto, amasado, como un pavimento de ladrillos huecos. Era un poso donde se habían sedimentado la estulticia y el oretinismo.

De pronto aquella masa comenzó a tomar vida inquieta; aumentó el rumor de las voces hasta convertirse en un infernal tronar: «¡que salga!, ¡que salga!». Al cabo de cuatro horas consecutivas de esta guisa, cuando las voces parecían graznidos de pato y las gargantas resacas amenazaban romperse como el cristal, se tuvo la merecida recompensa. La «estrella» se dignó asomarse por un balcón del segundo piso y agitar la mano en señal de saludo. Ver esto y entrarles a todos un ataque de «delirium tremens», fué todo uno. En el paroxismo de la felicidad, las pupilas se dilataban; las mandíbulas temblorosas dejaban abrir bocas que chorreaban babas; un extraño temblor de piernas y brazos les impelía; el que tenía la dicha de tener más espacio, se retorcia por el suelo preso de sacudidas epilépticas y risas histéricas, escapadas alocadamente, demostrando todo ello el morboso placer que sentían los villacasianos.

Pero, a Dios gracias, esto duró sólo unos minutos, ya que la estrella hizo mutis tras las cortinas del balcón ante el cariz que tomaban los acontecimientos.

* * *

Empezaba a anochecer. Una ligera pero persistente lluvia calaba lentamente a los villacasianos, que, impertérritos, se mantenían firmes en su puesto.

De pronto, se sintió un nuevo movimiento progresivo de la masa. Un auto, el que en el pueblo servía para alquilar en las bodas y para llevar a los escasos viajeros a la estación de ferrocarril, intentaba abrirse paso. Su dueño, Silvestre, sonreía con toda su boca; tal era su dicha y contento en aquellos instantes. Se pavoneaba, engreído, ante el volante de su viejo Ford, atormentando a una vieja bocina con anginas, y abriendo brecha en la masa con ayuda de la media docena de municipales del pueblo. La «estrella» había decidido

continuar su viaje hasta la ciudad en tren, por lo que se requerían los servicios de Silvestre hasta la estación férrea.

Tras improbables esfuerzos, logró el auto llegar a la puerta de la fonda. En ella apareció, resplandeciente, la «estrella» acompañada de su doncella, resueltas ambas a llegar vivas o muertas al auto de Silvestre. No hay pluma capaz de describir este momento. A Dante, Homero y Milton, acostumbrados a tratar a las masas quisiera verles en mi lugar. Era un océano embravecido y tempestuoso, con tifones, trombas, remolinos y corrientes internas. La «estrella», sin haber tocado el suelo, fué lanzada violentamente, revuelta entre los municipales, al interior del coche, no sin antes perder en la refriega los botones del vestido, una media y tres pesetas en calderilla que siempre llevaba por si acaso. Dos horas tardó en salir el auto con la ayuda de los municipales, que quedaron tirados en las afueras del pueblo como piltrafas, derrengados, molidos, deshechos.

Ya en camino libre, empezó a formarse en el rudimentario cerebro de Silvestre un movimiento de ideas. Se sentía culpable; era él el que arrebatava el ídolo al pueblo, a su pueblo. Escuchaba todavía en sus oídos los ecos desgarrados de las voces de sus paisanos: «¡No te la lleves! ¡No te la lleves!» Y las lágrimas corrían por sus mejillas. Le considerarían responsable de borrar de Villacasi días de gloria.

La idea se hizo firme en Silvestre; ya sabía lo que tenía que hacer; aunque le repugnaba llevarlo a la práctica, interiormente se alegraba, pues su nombre se haría famoso y saldría en las primeras planas de todos los periódicos del mundo. No lo pensó más; y con un gesto que recordaba al de aquel helénico que quemó una de las maravillas del mundo para que su nombre pasara a la posteridad, dió un brusco giro al vehículo, que fué a despeñarse en un precipicio de cuarenta metros.

. . .

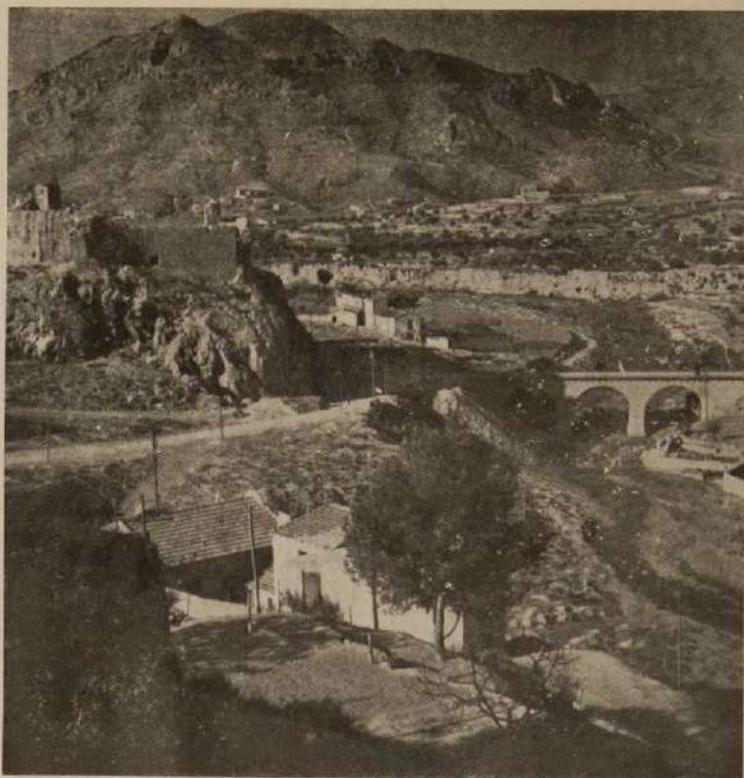
Villacasi vivía unos momentos jamás conocidos en su historia. Todos los corresponsales de la prensa nacional y extranjera, se habían trasladado allí para seguir el curso de la poca vida de María Smith. Esta agonizaba en el pequeño hospital de la localidad, entre los fognazos de magnesio y la euforia de los villacasianos, que holgazaneaban endomingados, como en los días de fiesta.

María Smith, sintiendo llegar su hora postrera, pidió un sacerdote, cosa que nunca comprendieron en Villacasi. Después que Don Cosme, el cura, salía del hospital, muy satisfecho por la gran cantidad de pecados cosechados, volaba el alma de María hacia lo desconocido.

Los periódicos centuplicaron sus crónicas y las cámaras llevaban a las pantallas de todo el mundo el gran acontecimiento del día, con pálidas imágenes de villacasianos haciendo esfuerzos por ser captados por el ojo mágico del cine.

Muchos años después, cuando la relativa gloria de María Smith había sido condenada al olvido del mundo, en Villacasi aún se mantenían vivas aquellas jornadas de acendrado entusiasmo y emoción. Montañas de periódicos eran guardados cuidadosamente y enseñados a nuevas generaciones, que abrían desmesuradamente los ojos, como maravillándose de que tanta gloria, fama y popularidad fuera posible hubiese gozado en lejano día Villacasi.

. . .

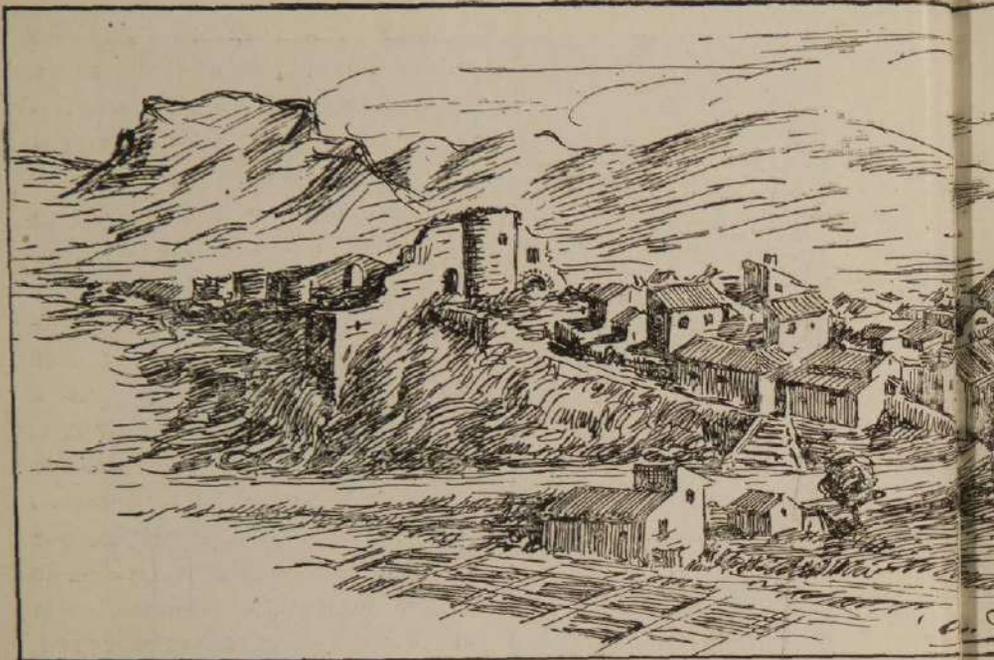


He aquí un tierno paisaje, justo escenario para la más idílica novela pastoril. Naturaleza sensitiva junto a la magia evocadora de unas ruinas venerables y bajo el gesto amable y familiar del abuelo Bolón.

¡Y esto, y sólo esto, fué el ambiente secular de Eldal..

No diremos con el poeta aquello de que
"cualquiera tiempo pasado
fué mejor";

pero ¡es tan grato evocar aquella calma sedaticia en la que libaron su inspiración tantos ingenios eldenses!

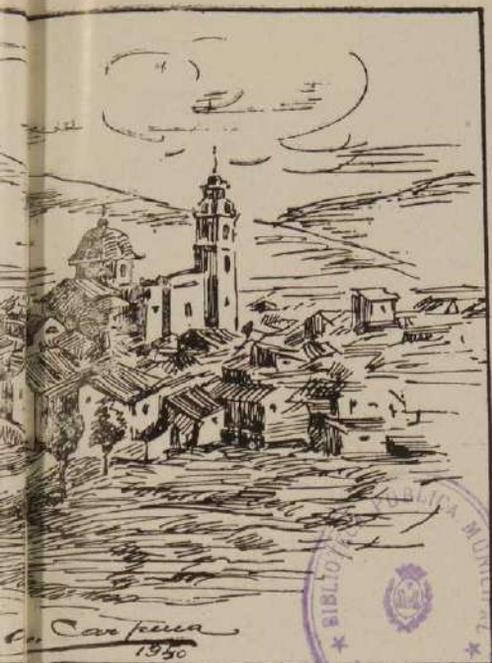


¡MI VIEJA ELDA!

Estaba amoscada; el día me había sido ingrato, aunque previsor. De todas formas, sentía necesidad de hallar algo que me confortara; algún elixir o lenitivo que sirviese de sedante a mi contristado corazón. Me marcho a la calle, sin rumbo fijo. Me detengo ante algún escaparate, hago alguna pequeña compra; voy al Ayuntamiento al objeto de informarme sobre datos de la historia de Elda; y, al salir de éste, súbitamente, me asalta la idea de explorar yo misma las pinas callejas de la vieja villa. Me

dirijo a la Plaza de Arriba, desde la que empiezo la ascensión a la típica calle del Castillo. Mientras aseguro el cambio de mis pies, voy inspeccionando las fachadas de estas viejas edificaciones, a las puertas de las cuales veo sentada en rústica silla baja, alguna que otra «viejecita», ya casi centenaria, que observo me miran con curiosidad; ¡Si ellas supieran lo que por allí me lleva! ¡Si supieran que voy tras historia del pueblo que ha casi un siglo las vio nacer, cómo se aprestarían a complacerme! Pero adivino que las pobrecitas carecen de la ciencia que yo busco.

Paño de la del Castillo a la de las Virtudes, internándome bajo el arco



que da entrada a la placeta del Castillo. Antes de atravesar éste, una conocida mujer que se halla sentada sobre el portal de una vecina casa, me grita al reconocerme: —Pero, ¿adónde va?

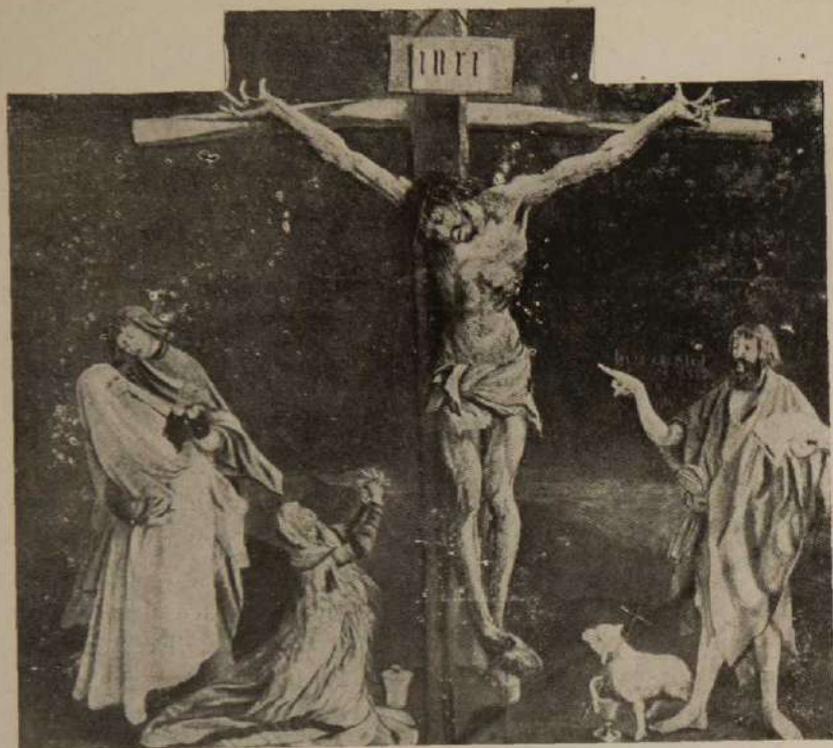
Yo, sin detenerme, porque el deseo de avizorar lo desconocido me precipita hacia aquellas pendientes, la saludo sonriente, y, con la naturalidad de quien va a entrar en su casa, le respondo a la vez que le señalo con la mano: ¡Arriba!

Ella, entre extrañada e indulgente, me despide con sonrisa cariñosa. Yo, mientras paso los desaparecidos umbrales de la histórica fortaleza, pienso: ¡Son gentes de la auténtica Elda!

Doblo hacia la izquierda; subo una pendiente al margen de la cual se hallan empotradas unas enanas casas-cuevas y me encuentro frente a las ruinas, que sólo de lejos había visto, de lo que un día fué alcázar de Elda. Ansiosa de explorarlo todo, avanzo a la derecha y llama mi atención una tosea puertecita recubierta por completo de latas y sujeta con gruesos alambres para que no la abran. Mi curiosidad me incita a querer saber lo que se verá tras ella, y, resuelta, meto los dedos y, haciendo hueco, miro por su rendija. Observo algo así como un oscuro abismo, que me recuerda la historia o leyenda de una mina subterránea desde allí a la calle Nueva. Miro en dirección horizontal, sobré los tejados, y mi vista tropieza con nuestro hermoso templo, que, erguido, alza sus simétricas torres y su cúpula sobre los tejados que filialmente se agrupan a su alrededor.

Es la hora del crepúsculo vespertino, y llegan hasta mí, no sólo las voces de bronce que invitan al Angelus, sino también la de monaguillos y campanero que, estando a una altura semejante a la mía, me llegan bien perceptibles. Por su eco traduzco en ellos un estado de inocente felicidad; y contemplando el hermoso panorama, medito que en verdad no hay sensación más grande de celestial dicha que elevarnos mucho. Mas, como dijo alguien, «no para mirar

(Sigue en la página 34.)



Melba Gruñewald "CALVARIO"

Semana Santa Eldense

En Elda, por sus singulares características de población, la Semana Santa tiene gran semejanza con lo que debió ser en Jerusalén, hace 19 siglos, el drama tremendo del Calvario.

La Pascua había congregado a una turba forastera y abigarrada, que, sólo casualmente, iban a presenciar, y como un espectáculo más, las sublimes epigonías de la Redención.

Por las calles angostas pasaba Jesús —temblor de cielos estremecidos, en sus ojos indulgentes; cárdenas suavidades de perdón en la flor fecunda de sus labios—. Y curiosa, solamente curiosa, con la estólida frivolidad de todos los populachos, se agolpaba en las bocacalles la dispar masa humana.

Calles viejas de Elda. Jesús pasa derramando bondades y consuelos, pobre entre los pobres, por nuestras retorcidas calles, empapadas de religio-

sidad ancestral. Telas humildes desbordan en los balcones doloridos de sombras, en un sincero anhelo de enjugar, como la santa Verónica, la sanguinolenta faz divina del Redentor.

Y hay diamantes de piedad en muchos ojos conmovidos.

Pero el desfile religioso aboca pronto a la mundana y frívola Calle Nueva. El encanto popular y entrañable de la procesión eldense se torna ostentación y pose calculada y fría. Ampulosa y fatua exhibición de lujos femeninos; escándalo de sonrisas banales en el augusto cáliz de la noche redentora; frívola expectación de una multitud desarraigada, cuyos ojos fariseicos no saben humedecerse ante el Divino Mártir Nazareno, y cuyos labios inexpresivos parecen prontos a repetir el «crucifige, crucifige eum»; sacrilegio impúdico de disparos de magnesio, que repiten cien veces el beso de Judas en las pálidas mejillas de Jesús...

Como en Jerusalén, la turba se agolpa, atrozmente frívola y mundana, para presenciar el sacro desfile. Como en Jerusalén, sería difícil hallar un piadoso Cirineo.

Los ojos del Nazareno ya no son suaves y paternales. Son como de acero. Aterroriza mirarlos a la luz blasfema del magnesio. Parece que Cristo quiere soltar la cruz y coger el látigo con que un día fustigó en el templo a la turba de mercaderes venales y de fariseos hipócritas...

Pero delante de El camina, descalza, una pobre mujer, esparciendo, como un tarro de mirra, la dulzura de su sencillo corazón creyente. Jesús la mira, divinamente compadecido... Y sigue con su cruz, hasta el calvario de todas las ingratitudes, donde quedarán sus brazos abiertos, ávidamente abiertos, con la inmensa amplitud de sus generosidades infinitas.

Por las calles de Elda seguirá Barrabás recibiendo la enhorabuena del populacho gesticulante.

¿Dónde están?

¿Qué encontrados pensamientos
crepitan en tu alma pura?
¿Qué tropel de sentimientos?
¿Qué inacabables tormentos
la fé que te tengo apuran?
¿Eres —pues, al fin, mujer—
coqueta y envanecida?
¿O acaso al verte perdida

rindiéndote a mi querer
me quieres también perder?
¿Qué abismo de desamor!
¿Qué tormentoso amargor
en nuestro encendido afán!
¿Dónde están tu fé, tu amor,
tu cariño...? ¿Dónde están?

DE VERGELINA

por Mitneel Catalán

Os hablaré de Vergelina. Desde el lugar en que me hallo se ofrece una bella perspectiva del valle vergelinense. Me agrada subir a Petrel, porque desde la vieja ermita del santo guerrero, se perfila Vergelina, su huerta, sus caseríos. Es de ver cómo estos petrelenses cubren de verde las andas en que es conducido el santo a su morada.

Volvamos a Vergelina; aguardemos otra ocasión para dedicar unas cuartillas al anfiteatro petrelense que nos permite gozar de la hermosa vista del valle. Por esto solo estaríamos agradecidos a Petrel, si no existiesen otras causas.

* * *

El río, a cuya orilla se encuentra Vergelina, trae siempre unos escurrimientos de agua. Cuando llueve en las montañas y el río acrece su caudal, es un acontecimiento para esta sencilla gente. Abandonan su trabajo y acuden en tropel a ser testigos de la riada. Si algún vergelinense no puede desplazarse a la orilla del encrespado río, pregunta a los que lo han hecho los pormenores necesarios para crear en su mente la copia exacta de la avenida.

—Tenemos el mejor río del país— me dice, enfático, el párroco de Vergelina, siempre que surge la conversación sobre este asunto.

A mis puyas responde con las suyas, y henos aquí ensartados en sabrosa polémica. Siempre terminamos llegando a un acuerdo.

—Me horroriza esa clase de individuos que discuten por sentido común— afirma el buen párroco.

—Y no se dejan convencer— concluyo yo. Y este colofón provoca en él un golpe de risa que se prolonga bastante.

Soy siempre el convencido en estas amistosas controversias.

Buen tipo el curita. Desde hace algunos días, —junto con el maestro de escuela que a su vez fabrica los envases— son sus palabras— para los que el doctor no puede salvar de la muerte— se encuentra muy orgulloso. Ha leído un artículo publicado en un diario madrileño y en este artículo ha visto insertada una palabra puramente vergelinense. Y desde entonces cura y maestro me acosan continuamente. Desea el maestrillo que salpique mi prosa de noces locales. El sacerdote llega más lejos; me insta a escribir una leyenda en que, repletas como legajos de notario, ensarte todas las palabras indígenas de este lugar. Hoy ya tienen en qué apoyar sus deseos. Pese a cuantos esfuerzos hago para convencerlos de que las tales voces, y más la empleada por el pulcro estilista levantino, son comunes a toda la región, no logro que claudiquen ante mis razonamientos.

Cura y maestro me han entonado hasta grabarlo en mi memoria un estribillo que en la Pascua de Resurrección cantan mozos y mozas al volver del campo en que celebran la resurrección del Señor:

• Así se hiñe;

así se amasa;

así se da la vuelta a la masa.

Para ellos esta cancioncilla aquí nació y tan sólo aquí se canta. Dudo que así sea.

EL DÍA DEL ARENAL

por Eduardo Gras

Todos los años, cuando hierve la savia nueva en los pinares, entre almendros floridos y fragancia de primavera, despierta de su largo sueño el Arenal. Se acerca su día grande; tiene que acicalarse para él.

Con un largo desperezo se sacude la somnolencia; arriba le mira un sol burlón, que le saluda como viejo amigo; una nubecilla extraviada huye a lo lejos en el horizonte.

El Arenal se peina con esmero sus arenas de oro rubio; se toca luego con su trozo de cielo azul más brillante y se perfuma con todos los aromas que la Tierra exuberante exhala.

Ya está listo; ya puede esperar confiado la llegada del Domingo de Pascua, del día del Arenal.

Los montes vecinos le miran con secreta envidia; ellos no tienen su día...

* * *

El aire se estremece de risas, de cantos, de gritos jubilosos; desde allá arriba, el Arenal semeja un confuso hormiguero negreante; la arena casi desaparece bajo la multitud humana.

¡Cómo goza el Arenal! A todos acoge con benevolencia y alegría; él sabe bien sus obligaciones de huésped; él sabe que toda esta multitud viene a celebrar su día, a pasarlo con él, y sabe corresponder con delicadeza y agrado a sus visitantes.

Cuando las luces se van difuminando, la muchedumbre inicia su retirada; un reguero interminable de gente une el Arenal con el pueblo; ahora sí que la semejanza con el hormiguero es completa.

Los últimos cantos se han alejado hasta perderse en el crepúsculo; el silencio vuelve a adueñarse otra vez de aquellos lugares, de los que tuvo que huir ante la acometida de la turba bulliciosa y jorral.

El Arenal ha quedado un poco trastornado; restos de papeles y meriendas oscurecen su antes limpia arena; ésta aparece hollada y removida profundamente. Mas ¿qué importa?

Fatigado y jadeante, él contempla el final de aquel magno día con una beatífica sonrisa en su rostro. Para él no pasa el tiempo: todos los años esta fecha le encuentra igualmente joven.

Por fin, dando un último adiós, el Arenal se dispone a descansar. Saca su blanco garro de dormir, hecho con luz de luna, y se arropa con el manto de la oscuridad.

Empieza a soplar un ligero vientecillo que empuja juguetonamente los papeles esparcidos aquí y allá...

* * *

Mañana, y pasado mañana, y los días siguientes, el Arenal contará una y otra vez a sus vecinos las aventuras y delicias del Domingo de Pascua.

Y ellos, los pardos montecillos y las humildes colinas, le escucharán asombrados, y otra vez el gusano de la envidia volverá a cosquillear en sus almas de tierra...

LA RONDA

por Santiago Sierras



En los tiempos de Mari-Castaña, cuando las cosas eran seres con habla y los más inverosímiles sucesos acaecían, ocurrió que una jovencita de gran belleza e incontables virtudes, era cortejada por muchos y poderosos varones, que estaban dispuestos a entregar su valiosa existencia en aras de la prenda amada.

De entre ellos, se distinguían tres, que eran a cual más varonil, más gallardo y allanero. Constantemente se sucedían trifurcas terribles en las proximidades de la humilde barraca huerfana donde habitaba la singular doncella.

Pero una vez, y cuando ya se encontraba en edad de contraer matrimonio, fué tanta y tan grande la pelea que los tres osados caballeros armaron, que el padre de la sin igual dama, alarmado y orgulloso a la vez, les llamó al orden y les dijo:

—Mi hijo, caballeros, se casará con aquel que reuna las cualidades que ella tiene en su crisálida de oro. Ni es orgullosa ni altiva. Es sencilla, humilde y bondadosa, cariñosa y enamorada; pero no por eso es menos exigente que cualquier otra doncella más poderosa y más bella. De forma que si alguno de los presentes se cree con las suficientes cualidades para enamorarla, que demuestre ser el que ella desea.

Quedaron los caballeros bastante contrariados, pero uno propuso a los otros dos lo siguiente:

—Razón tiene el anciano padre de nuestra bella criatura; y por lo tanto os propongo que de hoy en diez días que es el mes de Agosto, nos reunamos allá cerca de las Cabañuelas y solicitemos la asistencia de la dueña de nuestros suspiros, dándole a conocer nuestras cualidades más sobresalientes; y ella dirá cual es el afortunado elegido de su corazón.

Quedaron de acuerdo y se despidieron hasta el día primero de Agosto.

* * *

Pasaron los días y llegó el de la original contienda. Trabajo les costó vencer a su Dulcinea de que asistiese, pero ante las repetidas muestras de amor y bajo la influencia del padre, que le había prometido acompañarla, accedió. Y allá partieron todos hacia las Cabañuelas para iniciar la conquista más preciada de todos los tiempos.

Llegados al lugar empezó a hablar el primero que dijo así:

—Me ha tocado en suerte ser el primero que os dirija la palabra, y hasta quizá el primero que os hable de amor. Con esto solamente debería estar satisfecho; pero como no tengo quién me alabe en vuestra presencia, voy a ser yo mismo el que lo haga dándoos a conocer mi generosa condición. Mi mayor placer es revestir los altos montes y las grandes praderas con inmensa capa de blanca

nieve. Me gusta inundar los campos con cristalinas aguas; acreciento los arroyos; ablando tierras áridas, y endulzo los inmensos salobres, dando vigores nuevos a las resecaas campiñas, que me agradecen con sus verdores el favor que les vengo haciendo año tras año. Pero necesito casarme, porque con una mujer fecunda daría vida a las inmensas planicies estériles.

La dama dió un suspiro; pero, sin hacer comentario alguno, indicó al siguiente que hablara.

—Mi amor es tan grande y tan ardiente, que no quisiera encenderme más porque sería capaz de quemar cuanto a mí alrededor se encuentra. Yo llevo la alegría a todos los hogares. ¡Si viérais las playas donde se divierten los hombres y mujeres, si viérais esas noches despejadas y serenas, cómo incito al amor a los dulces enamorados; si viérais a los niños alegrar con sus cantos la existencia de la humanidad entera...! Es tanto el derroche que hago de oro en polvo sobre la uterida humanidad, que los votos de agradecimiento me llegan en plegarias cantadas por el blondo trigo. Las cigarras no dejun de ulabarme, y los pajarillos se encuentran tan contentos que no hacen más que volar y piar con la gracia de los mismos ángeles.

La dama dió un nuevo suspiro pero sin hacer comentario alguno, indicó al siguiente que hablara.

—Nací entre vientos y lluvias. Entre frescas mañanas me crié, y frías noches me cobijaron bajo su patio de estrellas. Mi mayor ilusión ha sido siempre desmelenar a los juguetones árboles, limpiándoles de sus hojas. He preparado a la Humanidad para mayores rigores y he curado las quemaduras que ha producido el sol durante anteriores épocas. Necesito casarme para alegrar mi existencia y la de la mujer que me acompañe, pues me gusta recogerme en el hogar.

La dama dió un tercer suspiro y dando por terminada la reunión, los citó para el siguiente día en su casa.

* *

—No saben cuánto me complace verles ante mí. No sé las virtudes que han encontrado en mi persona para amarme de tal manera. Sepan que solamente me gusta cuidar de las flores y de los nidos de los pajarillos. Por algo mi madre me bautizó con el nombre de Primavera. Y como he sido educada en este ambiente, nunca podré amoldarme a otra cosa que a vivir entre las abejas, de las que soy reina, y entre las perlas del rocío. Pues bién, Vd. se llama Otoño; y siento decirle que no ha tenido suerte esta vez; por lo que le ruego me perdone. Tampoco usted, señor Verano, ha sido afortunado, y lo siento. En fin, señor Invierno, dios de las nieves, si me creéis digna de ser vuestra esposa, yo os seguiré a todas partes. Procuraré desde ahora hacer menos fría vuestra existencia, y de esta manera las gentes dirán de vez en cuando: «¡Huce un día primaveral!»

—Y yo —dijo el Verano— siempre os seguiré, linda Primavera, por si algún día pensáis dejar tan frío elemento.

—Y yo —dijo el Otoño— seguiré al Verano, ya que no puedo pasar sin veros, y siguiéndole a él, por lo menos alguna vez, podré contemplaros con toda la pasión que siento.

Y así sucedió. La Primavera siguió al Invierno, su legítimo esposo; y detrás, fueron el Verano y el Otoño en pos de la dulce amada.

* * *

Un papá eldense

*Hay que pensar algo,
señor Don Silverio;
hay que pensar algo,
que esto está muy negro.
Los pagos llegando,
las letras venciendo,
y ni un mal pedido
ni para un remedio.
¿Qué hacemos, qué hacemos,
señor Don Silverio?*

*— Veamos, veamos:
devuelves las letras
de Sánchez y Pérez,
y que las prorroguen
quince o veinte meses.
Le escribes a López
y a Gómez y a Esteve...*

*Le escribes a todos
unas cartas largas;
y a todos les dices
las mismas palabras:
los tiempos son malos,
las ventas escasas,
la gente no compra,
y luego, no paga.*

*En fin, tú ya sabes
como lo hemos hecho
en casos iguales.
Y a los operarios,
que esperen, que aguarden*

*a cobrar los puntos,
a que esto se aclare;
que por unos meses
no van a arruinarse.*

*— ¿Estamos? — Estamos,
señor Don Silverio.
Haré lo que dice.
Veremos, veremos...*

*— ¡Ah! Se me olvidaba:
en esa remesa
que has de hacer mañana,
le metes al Banco
dos letras de «guagua»
como tú ya sabes.
Pues quiero mañana
feriarle el abrigo
de pieles a Encarna
y a Mari la bici,
y a pagar sin falla
el mes del colegio
de Salu y de Tana.*

*No quiero que digan
los que en todo paran
que un tal fabricante
como yo, que lanza
treinta y tantos pares
todas las semanas
no mantiene el rango
que pide su casa.*

El traslado del Nazareno

por Carola González

«La tarde ha florecido
con un crepúsculo violeta
como la túnica del Nazareno...»

Ríen con risa bronca las matracas, parodiando las voces burlonas del populacho que esperaba a Jesús, con ese placer perverso de las almas envilecidas, con esa bestial sed del sufrimiento ajeno.

Penden otras, inertes, de las pequeñas manos cansadas de voltearlas.

Grita, corre y salta la chiquillería, presa de una inquietud que no comprenden. Como sujetos a poderosa atracción, vuelven apenas se alejan y siguen esperando con una vaga noción de por qué.

Un lienzo del Greco semeja desde la acera opuesta la visión del Nazareno, enmarcado por el amplio portal; y entre la vacilante penumbra y luz, luz y penumbra de los vacilantes faroles.

Ansiosa y triste la mirada que contempla la inquieta expectación del infantil enjambre, parece anhelar el momento de recorrer calles y rostros con la fiebre de un eldense viajero que trajera el alma enferma de nostalgia.

Ya la noche ha espesado su negrura. Se agitan las sombras en los portales y la emoción se abraza estrechamente al alma de los que presencian la salida.

Giran locamente las matracas; corre la llama de cirio en cirio. Un reflejo viene a figurar dos lágrimas en los ojos del Nazareno; dos lágrimas de sangre.

Vestida de visperas, la calle Nueva le tiende sus largos brazos; se arremolina la gente en las aceras... El va pasando; inclinados los hombros, ondeante al viento la parda melena, sangrantes las manos amorosas que sostienen la Cruz. Y su mirada, antes ansiosa y triste, es ahora como un arcángel de luz que va desbrozando caminos de infinita misericordia.

Hay viejos que lloran a su paso; mujeres que suspiran; muchachos que sourien y a quienes la sonrisa se les va desdibujando al enfrentarse con el Cristo... Más que a los labios, es a los ojos donde asoman las plegurias; ojos que mudamente imploran y prometen.

Allá, por las bocacalles solitarias, hay hombres y mujeres que se ven sorprendidos por el encuentro. Aletea en sus rostros la vacilante luz de los fanales.

Vencida la cintura, ondeante al viento la parda melena, se aleja el Nazareno, y vuelven a resbalar por las mejillas dos lágrimas que un nuevo reflejo ha puesto en sus ojos; dos lágrimas que vuelan al cielo, convertidas en estrellas.

Sección ARTE



Siguiendo nuestro empeño de revalorizar el panorama artístico de nuestra ciudad, hemos conversado con algunos personajes de este mundo, y hemos encontrado un amplio espíritu de cooperación y una entusiasta disposición para todo cuanto a elevar el nivel cultural eldense se refiera. Con el resultado de estas conversaciones podemos felicitarnos al dar estas noticias:

EXPOSICION GABRIEL POVEDA

DAHELLOS ha conseguido que este notable pintor eldense, hace ya varios años sin contacto con el público, exponga sus cuadros mejores en el Salón de Exposiciones del Casino Eldense, cedidos galantemente por esta entidad. Esta Exposición se celebrará durante las fiestas de Moros y Cristianos y Dahellos publicará amplios comentarios sobre la misma a su celebración.

III EXPOSICION DE ARTE LOCAL

Recogiendo la tradición pictórica impuesta por la extinguida Sociedad Amigos del Arte, de ofrecer al buen público eldense la obra de sus artistas, coincidiendo con las tradicionales fiestas de Navidad, DAHELLOS convoca la III Exposición de ARTE LOCAL, con estas bases:

- 1.º Pueden concurrir a ella todos los pintores y dibujantes eldenses.
- 2.º Las obras serán de procedimiento libre (óleo, acuarela, gouache, tinta china o pastel) y habrán de presentarse con marco los óleos, y montadas sobre cartulina y protegidas con cristal las demás obras.
- 3.º DAHELLOS otorgará un premio y gestionará de organismos oficiales y entidades culturales establezcan premios permanentes, que se concederán previo examen de un Jurado competente.
- 4.º Todo lo no previsto en estas bases lo resolverá DAHELLOS atendiendo a la mayor justicia.

* * *

Estos son nuestros proyectos, con lo que demostramos que si criticamos la falta de iniciativas en el aspecto cultural y lamentamos que sociedades creadas a este efecto lo hayan postergado por varias razones que no son del caso comentar, no nos contentamos con la crítica cómoda y estéril, sino que damos un paso al frente; hoy en la ayuda y divulgación de nuestra pintura; quizá mañana en la aireación del ambiente del aficionado fotográfico —hoy encerrado en su cámara oscura por propia voluntad de no exhibir sus obras—; o en la consecución de una extensa Biblioteca Popular, abierta a todo el pueblo eldense y dirigida por sus regidores; o consiguiendo unos conciertos sinfónicos que serían de gran éxito por la masa de verdaderos amantes de la música de los colosos alemanes, especialmente. Pero esto son proyectos. Por hoy contentémonos con las realidades, que ciertamente no son pocas.

Eldo tiene unos cuadernos literarios, donde sus hijos, tal vez futuros Azorines, Castelares o Mirós, encuentran cariñosa acogida.

Elda tendrá un muestrario anual de la obra de sus pintores. Ciertamente, no es poco.

Ya soy la vida

por Carlos González



Yo le ví; y tenía el pelo rubio y los ojos azules; los bracitos redondos y una frente clara con amanecer de ideas. Corría y jugaba, porque era un niño; y nos miraba con sus ojos profundos muy abiertos, maravillado de todo. Cuando hablaba movía el dulzor de sus labios chiquitines; y su voz, con trémolos suaves, estaba hecha de preguntas difíciles.

Fuí su amigo en los jardines de la plaza pública, porque quise verle crecer y para eso me senté en un banco, en una tarde amarilla de sol que se escondía. Estuve mucho tiempo allí. Cada hora ponía una expresión en los ojos del niño; cada emoción nueva encajaba en su alma. Y él, con ansia audacísima lanzaba al ambiente su candor infinito; nos bañaba en ternezas y tomaba para sí la pompa fría de nuestros halagos, estudiados, hipócritas...

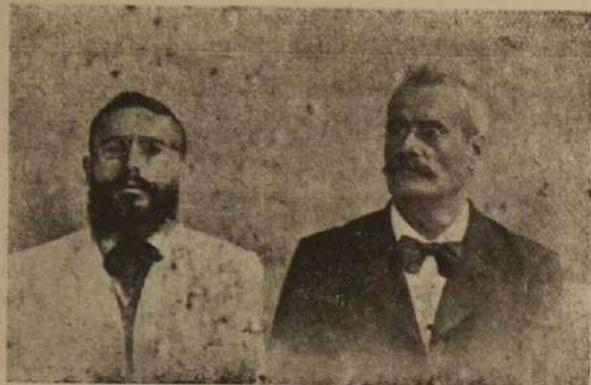
Creció. Se envolvió su espíritu en apariencia de hombre, y, en consecuencia, nosotros empezamos a oír sus ideas con respeto, y él, se sintió trascendente. Así fué como entró vanidad en su seno. La vanidad es mujer, y por eso, en el corazón grandote del hombre, jugaba con el amor. Y así se hizo jactancioso y se empeñaba en proteger a todos, presumiendo de superior.

Hasta que un día —inevitable— tuve que cederle parte de mi banco. Hablaba con una muchachita morena, y lleno de viveza se esforzaba en agradarla. Le brillaban los ojos, que ya tenía hundidos en órbitas moradas; se engrandecía su alma melida en el cuerpo que el tiempo dejó contrahecho. Ella, vacía y hueca, apenas le miraba. Le ví derramar el amor con furia suicida, con calor generoso que ponía tenazas de angustias en su cuello. ¡Con la horrible conciencia de su fealdad, iba matando su propio amor!...

A cada nuevo desprecio, a cada mirada fría, buscaba en sí mismo el refugio y el cariño de su propio intelecto; y desde los rincones de su cerebro la vanidad le despreciaba con un rencor cruel, con una saña brutal de tigresa herida. Quería encontrar la ayuda de Dios; y Dios le había hecho aquellas piernas torcidas, aquella espalda cargada... Y se hundía cada vez más en un rincón vicioso, como un animalejo a quien dan de pedradas.

Su pecho, ampliamente varonil, resoplaba oprimido por la espantosa zarpa de la impotencia. Era que en la vieja alcoba de su corazón, un niño rubio, de ojos azules y manos celestes, estaba muy enfermo, muy enfermo. Y el dulce cariño se moría, con la suave melancolía de los sueños demasiados hermosos.

Y en otra tarde amarilla, con sol eterno que volvía a esconderse, me levanté de un banco de la plaza pública, para seguir andando entre los melancólicos (y boles cabeceantes,



La foto olvidada

por Alberto Navarro

Con este título inaugura DAHELLOS una nueva sección que esperamos sea del agrado

de nuestros lectores, especialmente de aquellos que comienzan a encontrar más encanto a los recuerdos del pasado que a las realidades del presente. Esta sección, al conjuro de una vieja fotografía extraída de entre el montón arrinconado que todos guardamos, traerá a estas páginas personas que en un tiempo fueron famosas, cosas que vivieron intensamente, ambientes desaparecidos para siempre, viejos aspectos de la Elda antigua destruidos por el embate del progreso...

Ved hoy esta foto, hallada en el museo de gloriosos recuerdos de Doña Milagritos Gorgé, persona conocida y querida por todos los eldenses, por cuya razón no precisa más presentación. Para los lectores a quienes dedicamos esta sección no hará falta preguntar quiénes son estos dos señores, pues el gozo del recuerdo habrá invadido sus corazones. Pero a los jóvenes si se les puede poner a prueba, en la seguridad de que pocos serían los que dieran adecuada réplica. Pero si no sus efigies, sus nombres sí que están en la mente de todos, pues no se borra fácilmente la estela que dejaron a su paso D. Ramón Gorgé y Soler, eminente compositor y profesor de música, Director durante muchos años de la Banda de Sta. Cecilia, y D. Maximiliano García Soriano, inspirado poeta de fácil donaire, ambos eldenses cien por cien, de corazón, si nó de nacimiento.

¿Qué acontecimientos han reunido ante el objetivo a estas dos figuras, una de ellas con inusitado aspecto por la barba que lo adorna? No es difícil la conjunción pues quienes les conocieron saben que muchas veces se hallaron juntos, ya que les unió estrecha amistad y frecuentemente colaboraron en obras que todavía perduran, poniendo uno la inspirada música y el otro la letra. De esta colaboración nacieron los Villancicos que se estrenaron en el III Centenario de la Venida de los Patronos y que aún se cantan en las fiestas seplembrinas, así como el «Himno de Bienvenida a los Patronos» que se cantó por primera vez en 1904 en el citado Centenario, y por segunda en 1940, cuando Elda recibió de nuevo las imágenes de la Virgen de la Salud y del Cristo del Buen Suceso. Otra muestra de la fructífera colaboración fué la famosa zarzuela ROSALÍA, cuyo estreno en el Teatro Castelar constituyó un verdadero éxito. Representaron los principales papeles La Sra. Milagritos Gorgé y los Srs. Constantino Pérez, Antonio Oremudes y Antonio Vera, y causaron gran regocijo las diversas situaciones alusivas a la industria que comenzaba a llenar la vida local. Aparadoras, zapateros, maestras, patronos y demás fauna zapoteril aparecían graciosamente representados, entonando pegadizas canciones como la del «Coro de aparadoras» que decía:

«Somos las aparadoras
que venimos del taller

Es una lástima que partitura y libreto se hayan perdido, pues creemos sería de gran éxito la reposición de «Rosalia» en las funciones de aficionados, por el ambiente en que se desarrolla, familiar a todos los eldenses y por la inspiración y gracia que músico y poeta derramaron en la obra. Precisamente esta «foto olvidada» estaba destinada a ornar la portada del libreto que iba a ser impreso, idea que desgraciadamente no llegó a realizarse.

La efigie de D. Ramón Gorjé lleva a todos los que le conocieron intensos recuerdos de tiempos pasados. Evoca el Certamen Musical de Alicante, en el que la Banda de Santa Cecilia logró un estruendoso triunfo, al ganar el primer premio, declarándose desierto el segundo y tercero para mejor premiar la grandiosa actuación...; el gesto arrogante con que D. Ramón arrojó a sus pies la partitura de la obra obligada, «Olelo», en el citado Certamen, dirigiéndola sin papeles, entre el asombro admirado de jurado y público...; la hermosa bandera blanca y azul, colores de la provincia, ganada en este Certamen, y con la que se entró triunfalmente en la villa; bandera que envolvió el cuerpo sin vida del maestro en su traslado funeral, y que hoy guarda, como una reliquia, su hija Milagritos, hasta que cumplido el fin sentimental a que le destina, vuelva a la Banda que la ganó para ser orgullo emocionado de viejos músicos y gloriosa enseñanza de los que empiezan a solfear las escalas de Don Hilarión. Evoca también las pintorescas situaciones a que dió lugar el cisma de realistas y peseteros en el seno de la Banda de Sta. Cecilia; cisma que dividió en dos al pueblo y provocó cancioncillas satíricas — de las cuales conservo una en mi archivo —, burlas y chanzas de variados calibres, acoloradas discusiones sobre la primacía en la armonía de las ejecuciones, y hasta se dice que vez hubo en que chocaron en sin igual combate ambos bandos y hubo empate de abolladuras en cabezas e instrumentos...

Todo esto evoca esta descolorida foto, olvidada entre un montón de recuerdos de un tiempo glorioso.

Tríptico amoroso

Fulgor de amanecer:
¿qué tienen tus pupilas?...
Tus ojos van a ser
dos estrellas perdidas;
que vivir es tener
la vista peregrina,
Acaso tendrás sed,
y un ansia de querer
que brotará infinita
dominará tu ser,
¡En la plata del día,
siempre podrás beber!

He pensado muchas veces
en lo que se llama amor:
manojito de claveles;
desvelos que tengo yo,
Las lágrimas son de nieve
cuando salen al albor,
pero cuando el sol las quemo
sobre el cáliz de la flor
serán ya sangre caliente.
¡Dime si sabes de amor;

que el amor siempre es valiente,
y se vive o no es amor!

¿Dices que quieres de mí...?
De mí ¿qué podré ofrecerte...?
No tengo más que ilusiones
y un bello campo de flores,
que donde se nacen mueren.

¡Ay, mujer, cómo es la vida!...
No se como pueda verse...
Yo sé que los corazones
suelen hacerse razones
y llegar a comprenderse.
Donde las galas del día
lucen con su luz más fuerte,
hay un juego de colores.
Tú sabes que en los amores
hay peligro de perderse.
Tú piénsalo bien, mujer,
y si tratas de pedir,
pide lo que puedas ser
y lo que puedas vivir.

Manuel Vicedo



BIBLIOTECA PÚBLICA
MUNICIPAL

ELDA (Alicante)



del Duende del Monastil

Aclaración: Teníamos sobre nuestra mesa de Redacción algunas preguntas que se nos habían hecho por escrito, en la absurda creencia de que seríamos lo bastante inteligentes para contestarlas acertadamente; pero he aquí que, antes que las echáramos en ese cesto tan grande que hay en toda redacción, llegó nuestro «gracioso» colaborador «El Duende del Monastil», y, en cuanto las vió, se apoderó ferozmente de ellas, amenazándonos con una novela del «Coyote», su arma favorita. Tuvimos que dejarle hacer y aquí está su sarcástica colaboración.

De un Bibliómano: *He leído en un número atrasado de IDELLA, en su número 23, de 10 de Julio de 1926, un artículo titulado «Biblioteca Popular», en el que se da cuenta de la concesión a Elda, por el entonces Ministro, señor Yanguas Messia, de una Biblioteca Popular, así como una importante colección de libros, todo destinado al pueblo de Elda, bajo el patrocinio de su Ayuntamiento. Y ahora les pregunto: ¿Porqué no se realizó una obra tan meritoria? ¿Porqué al cabo de los años no se ha realizado todavía?*

RESPUESTA: *Vd. es tonto, amigo. No comprende que si se abriera esa biblioteca, tan nociva como todas, buena parte de la juventud eldense caería en la depravación de estudiar, y hasta podría suceder, en el colmo ya de la relajación, que quisieran ser esas inútiles personas que se apodan poetas, escritores, hombres públicos, y hasta ministros y Jefes del Catastro. No, señor; vengan amas, bachilleres y barberos, y quémense todos los mamotrelos; y viva el mus, el chamelo y el «arrastrao»; el fútbol y las chapas, el Lelo y el Trinquete, que esos sí que son centros donde la juventud puede encontrar adecuada enseñanza. De libros bastantes tenemos con el «Coyote» y el de «Efectos Impagados».*

De un aficionado al cine: *¿No habría manera de evitar esa guerra continua de los del anfiteatro de los cines contra los ocupantes de las butacas de abajo?*

RESPUESTA: *El origen de eso es muy lejano. Creo que habría que pedirle explicaciones a Lumière en primer lugar; pues si él no hubiera intuido el cine, no habría habido productoras; sin éstas, indudablemente no existirían los artistas; sin ellos, no habría público; y sin éste, no habría cines. Además estas hostilidades son una especie de atractivo que nos ofrece el cine, casi el único, dado lo soporíferas que son las películas. Vd. no sabe la delicia que es*

ir a un espectáculo a divertirse tomando como monigote de pim-pam-pum al de abajo. En mi niñez lo hacía, y puedo decirle que no hay felicidad más grande sobre la tierra que cuando el de abajo, alcanzado en un ojo por un feliz disparo, se indigna y prorrumpe en estentóreas amenazas. Es delicioso, créame; y no debiera Vd. protestar, pues ésa es también la escuela de pilotos bombarderos del mañana.

De "Un hincha": ¿Porqué, con un equipo tan magnífico como el Deportivo, estamos en peligro de caer al abismo de la categoría regional?

RESPUESTA: ¿Quién diablos le ha dicho a Vd. que es magnífico?

De "Un poeta": ¿No creen Vds sería más acertado hacer la ermita de San Antón en lo alto del cerro del Castillo, haciendo una tapia alrededor de las ruinas y convirtiendo aquello en un jardín, parejo a la otra colina, la del Depósito? Sería más espectacular la procesión u través de las viejas calles, la subida al alto por el rústico puentecillo y la concentración en el ameno jardín poblado por ruinas legendarias, que se estremecerían de gozo ante los arcabuzazos... Tal vez allí pudieran erigirse el edificio que albergara el Archivo y Museo de Elda.

RESPUESTA: ¡Qué hermosas tonterías sueñan estos poetas melencólicos y piposos!

De "Un pirata": Vds. que tanto alardean de odio a las muletillas, al lípico y los viejos moldes, contésteme a esto: ¿Qué innovaciones introducirían en la Fiesta de Moros y Cristianos para que tuviese características peculiares, que la distinguieran de otros pueblos?

RESPUESTA: Serían pocas; no crea Vd. que la íbamos a volver patas arriba. Primero le encargáramos la redacción de los discursos de la Embajada al genial autor del «D. Juan Tenorio o Dos Tubos Un Real», con licencia para hacerlo a su gusto. Pondríamos un equipo de altavoces con el fin de que los embajadores no se quedaran afónicos: o por lo menos le daríamos a cada uno una campana de gramófono. También variaríamos lo del asalto al Castillo, hoy sin emoción, por estar previsto el resultado. Ante sus muros se entablaría un combate a «carchotazo» limpio, y el bando que lograra el castillo, «pa» él todo el año, hasta el siguiente, que se combatiría otra vez. Y por último estableceríamos un premio de constancia para el alférez de los «Navarros», por su pertinaz y estereotipada exhibición de liga, a fecha y momento fijo, como la aparición de un cometa.

hacia abajo, sino para acercarnos más al infinito». ¡Qué bien pensaba San Pascual Bailón, al elegir la peña más alta para dirigir a Dios sus fervientes oraciones! Yo también, cuando me encumbro en cualquier lugar, me siento feliz e inspirada. Y embriagada de poesía celestial, he corrido alocada por los desmoronados peñascos, hasta subir gateando a las cimas de las murallas, desde las que he sentido la emoción del vértigo ante el cauce del Vinalapó, que con sus aguas plateadas por los últimos rayos solares serpentea pintorescamente junto a mis plantas.

En tan vertiginosa altura he contemplado, extasiada, el magnífico panorama que a mis ojos se ofrecía. Y admirada ante tanta belleza, sobre las más altas ruinas de nuestro castillo legendario, quedé unos instantes meditando... Idella..., Dahellos..., Elda..., Condes de Cervellón..., Cerdeña..., ¡Imágenes veneradas!... Aldea minúscula..., ciudad populosa... Y sobre estos conceptos: ¡Un castillo y una flor de lis!... Y con gran melancolía extendiendo mi vista por el amplio panorama, dominando los horizontes de los cuatro puntos cardinales y una súbita amargura se apodera de mi corazón.. Medito.. Petardos desmoronadores..., peñascos que saltan enfurecidos, yendo a estrellar su coraje contra el inocente suelo que, luego soportará resignado el martirizador golpeteo de incesantes picotazos.. Rodar y más rodar de peñascos. Un peñón que se desmorona, y un castillo que se viene abajo ..

¡Oh, monumento glorioso, testigo secular de nuestra tradición! ¿Será posible que desaparezcas por completo; que no quede ni rastro de tus esqueléticos restos; que la siempre noble ciudad ya no pueda recostar en tí su soñadora cabeza..? Si, soñadora de grandezas y prosperidades, al murmullo de las cristalinas aguas, que, serpenteando, faldean la Tafalera, para caer graciosas por la Rafa, semejando una cascada, que, precisamente a tus pies, parece convertirse en eterno trovador, cantando alegre las estrofas de tu señorial historia.

Mas, si tú desaparecieses... ¡Oh, pobre Vinalapó!... Sus aguas al caer junto a la desaparecida figura ya no serían alegres trovas.. Se convertirían en eterno gemir por la destrucción de su inseparable musa durante tantos siglos...

«Si ha de ser así —como dijo tu preclaro hijo Castelar, en su escrito «Recuerdos de Elda»— si ha de ser así, no me lo digais.» Si refêria él a si, al volver, no encontraría el encanto de que gozó en su niñez... Y yo repito, haciendo más en este caso sus palabras:

¡Si ha de ser así, no me lo digais; prefiero ignorarlo..!

Curiosidad

por A. González Aguado

Soy de la opinión de que todos los representantes de la Humanidad han sido en su tiempo, y somos en el nuestro, unos verdaderos e incurables curiosos. Siempre se ha tildado a la mujer como a la genuina representante de este indiscreto hábito, pero seguramente esto ha sido porque el hombre, consciente de su falla, ha procurado encubrirla, descubriéndola en el sexo débil, para poder así distraer la atención que debiéramos poner en nosotros mismos.

Yo, a pesar de ser hombre, no tengo inconveniente en aclarar esta teoría, y la manera más completa de poder hacerlo, es exponer un caso, en el que he podido comprobar hasta qué grado llega ese afán de curiosar en los humanos. Y desde luego, no ha sido una mujer quien me ha dado ocasión de poder comprobarlo.

Paseaba cierto día en compañía de unos amigos por una frecuentada carretera, gozando de una tarde deliciosa y departiendo con ellos de cosas triviales y sin importancia, cuando, al llegar cerca de un elevado puente, vimos allí reunida una numerosa muchedumbre que discutía y daba muestras de pánico, asomándose, ahora unos, luego otros, por encima de las tapiadas barandillas y mirando al fondo del precipicio, adonde, como después pudimos averiguar, se había arrojado un hombre.

Todos comentaban la mala fortuna del desdichado que momentos antes se arrojara al profundo abismo; todos, menos un hombre pequeño e impaciente, que paseaba nervioso de un lado a otro de la espaciosa carretera, dándose golpes en una y otra mano y mesándose de vez en cuando los despeinados cabellos.

Pensé al verle, y por su actitud, que posiblemente fuera un familiar, o, a lo menos, un amigo del desgraciado suicida; y con objeto de conocer más a fondo el suceso, —porque, quieras que no, a mí también me gusta...—, me acerqué allí donde él estaba y le pregunté: —¿Es Vd. acaso, pariente o amigo de ese poco afortunado señor? ¿Cómo pudo ocurrir tal desgracia? ¿Murió, o al menos hay esperanzas de poder salvarle?

A las cuales preguntas me contestó un poco molesto: —No soy amigo ni pariente de ese que fué; y además, no tengo la menor idea de cómo pudo ocurrir eso que Vd. llama desgracia, ni tengo interés en saber si se salvará o no. A mí, lo único que me interesa saber, y eso sí que rabio por saberlo, es el móvil que le impulsó a hacerlo.

Y después de dirigirme una mirada curiosa, como si esperara de mí la respuesta a sus pensamientos, se alejó de nosotros murmurando: —¿Por qué lo habrá hecho? ¿Cuál será el motivo?...

No pude menos que exclamar:

Curiosidad, curiosidad,
tienes esclava a la gente.
Tu sentido es bien patente
en toda la Humanidad.

Dahellas

MANSION
ACOGEDORA

por E. Chinchilla

Tratar de descubrir lo que Elda es capaz de realizar sería pueril. Dentro y fuera de sus límites es sobradamente conocida y admirada.

Sus costumbres son en muchas ocasiones discutidas y objeto de mordaces ironías por parte de quienes más la conocen, gracias a ese fenómeno de rivalidad regional que se produce; pero lo

cierto es que la discuten; y cuando esto es así, quiere decir que algo tendrá de valía para levantar esas pequeñas polvaredas que tanto la regocijan y que no la afectan, porque está satisfecha de su laboriosidad feliz y próspera. Sea como fuere, Elda pone el sello de su inconfundible personalidad en cuanto produce o crea.

Los eldenses nacen ya con el imperativo del trabajo. Producir, crear, vivir y... divertirse; a esto queda reducida la vida de la ciudad. Trabajar para ganar el sustento de cada día y procurar alguna distracción a los músculos cansados, justa compensación y ley natural de vida. La vida mundana de la ciudad es en mayor o menor escala la misma que la del resto del mundo. Pero tal vez por el torbellino de su inquieta actividad tenga involuntariamente olvidada la parte de espiritualidad que hay en las bellas letras.

Los habitantes de esta ciudad leen, indudablemente; quizás una minoría mucho y otra minoría nada; pero por término medio se lee, y esto ya es algo. Bien es verdad que todas las lecturas son o eran —tenemos ya a DAHELLOS— oriundas de límites afuera. Mas si se lee en general, ¿porqué no ocuparse de algo local? ¿Porqué no prestar apoyo a una iniciativa que honra a Elda y a sus iniciadores y que ha cristalizado en una feliz realidad? ¿Porqué no sentirse un día orgullosos de que letras eldenses salten al palenque de la notoriedad?

Hace muchos años, una gran dama de la localidad llamada Idella, dió a luz un hermoso varón, orgullo de los eldenses. Creció hermoso pero los hados envidiosos robaron a tan gentil dama el fruto de su corazón, llegando a ser tan intensa su pena que poco tiempo después murió.

Aquella señora era tan amante de su pueblo y de sus letras que sólo con mirarla y escucharla se sentía henchido de amor patrio el corazón de cuantos la conocieron.

La espiritualidad literaria eldense se vistió de luto y lloró la pérdida de aquel tesoro; mas la enfebrecida voráGINE industrial que venía desarrollándose y que aún continúa, hizo que todo se olvidara, y sólo algunos, muy pocos, suspiraban por algo que creían no iba a resurgir jamás.

Peró un día reciente, feliz día por cierto, los que recordaban a Idella con nostalgia, recibieron una grata invitación.

Los elegidos, por una misteriosa transmisión, sintieron un ramalazo de gozo, y en el acto presintieron que en jardín adormecido germinaba una pleotórica semilla.

Y surgió DAHELLOS, el cuaderno de letras eldenses que espera penetrar en el alma y conciencia de todos en una recíproca hermandad de calor y apoyo.